

ERNESTO QUESADA

ALOCUCIÓN PATRIÓTICA

PRONUNCIADA EN LA FIESTA ANUAL DEL ATENEO

CELEBRADA EL 25 DE MAYO DE 1895



BUENOS AIRES

ARNOLDO MOEN, EDITOR

314, FLORIDA, 314

1895

Imprenta de Pablo E. Coni é hijos, calle Perú 680

INVENTARIO N ^o	002654
PROCEDECENCIA:	

ALOCUCIÓN PATRIÓTICA

SEÑORAS:

SEÑORES:

Tiene el Ateneo como una de sus más sagradas obligaciones, la de coadyuvar á mantener vivo el recuerdo y homenaje de aquella época de nuestra historia, en que nacimos á la vida de las naciones y en que tratamos de asentar las bases sobre las que debe erguirse, gloriosa y fecunda, en lo porvenir, esta patria que amamos con las fuerzas todas de nuestra alma.

Un ilustre estadista contemporáneo, saludando hace poco la virgen tierra de América, el Nuevo Mundo surgido ante los ojos de Colón y ante la proa de las carabelas españolas, la llamó « *la ingrata tierra*, adonde tanta sangre y tantas lágrimas, y tanto sudor del cuerpo y del alma se ha derramado para mantener la gloria del nombre español, de aquella España que la sacó de entre las tinieblas del no ser, de entre los abismos del mar, de las garras de la barbarie y de la superstición; que la dotó con su fe, con su lengua, con lo más precioso de su sangre y con todos los frutos de su civilización ».

Y bien, no! No ha sido América una *tierra ingrata* para la madre patria, por el hecho de haberse alzado en armas contra la metrópoli, de haber librado cruentas batallas y de haber cimentado con su sangre la independencia de todo un continente. Ha dado vida á un grupo de naciones que son ya hoy, honra y prez de la raza hispana, y que, cuando en los siglos próximos se conviertan

en los colosos en que su destino las transforma, perpetuarán en las edades venideras el genio y el ésfuerzo del origen español, que quedará en la historia señalado como el núcleo humano más varonil y glorioso que registren los anales de los tiempos antiguos y modernos!

Si! España será para nosotros siempre el *alma mater* cariñosa, en el recuerdo de cuyas pasadas y heróicas glorias hemos de retemplar nuestro vigor, para afrontar las dificultades del presente y las asperezas del porvenir; porque nuestras son también las glorias de los que salvaron la altivez ibérica, cuando Roma paseaba triunfantes por el mundo, los pendones del paganismo antiguo; de los que, únicos en la Europa entera, supieron detener y rechazar al azote terrible de las naciones, al fiero Atila, que, con sus hordas, talaba y arrastraba la civilización cauduca de los pueblos bizantinos; de los que, por fin, salvaron, junto con el honor nacional, los destinos mismos de la cristiandad, cuando el África, indómita y fanática, todo

lo arrollaba á la sombra del triste fatalismo musulmán !

El proceso de la independencia americana no significa una reacción de odio y de venganza contra nuestros padres, sino, por el contrario, el esfuerzo varonil é inevitable de los hijos llegados á la mayoría y que forman su hogar por separado, fundando así familias nuevas, aunque para ello sea menester, á las veces, incurrir en la desaprobación paterna, ennegrecida por un cariño, infinito quizá, pero naturalmente egoísta y que resiste una separación que es, casi siempre, un desgarramiento doloroso. La actitud de padres y de hijos durante la lucha homérica de la independencia es, pues, bien explicable, y no puede la historia lanzar anatema alguno contra cualquiera de ellos, por la tenacidad intransigente con que ambos defendieron sus convicciones y sus intereses.

Pero fuimos independientes, al fin, y teníamos fatalmente que serlo, en obediencia á las leyes del desenvolvimiento humano; lo que no impide que saludemos con sagrado

respeto á los que tuvieron la clara percepción de nuestros destinos, y la fe y la constancia de combatir y de vencer — muriendo casi siempre sobre el campo mismo de la lucha — como paladines esforzados que abrieron paso entre las naciones del orbe, á la hermana novísima que se presentaba coronada de laureles, teñida con la sangre generosa de sus hijos, y desgarradas sus vestiduras por la pugna titánica que le cupo sobrellevar.

La clarovidencia de Moreno, el civismo de Belgrano y el genio militar de San Martín, trazaron en el mapa, con el pensamiento y con la espada, los contornos de la nueva nación, que presentían llamada á ser, en esta América, una de las más grandes y poderosas.

La magnitud misma del esfuerzo no bastó á violar las leyes fatales de las cosas: hubo que sacrificar al logro del ideal ambicionado, la tranquilidad y la organización misma de nuestra sociabilidad en embrión. Y tras las huestes gloriosas de la epopeya emancipadora, surgieron y se multiplicaron, con la terri-

ble fecundidad del mal, los caudillos y las banderías que dividieron y asolaron nuestra patria, llevándola más de una vez al borde del abismo; en medio de una 'anarquía, de un caos, de un choque embravecido de pasiones encontradas, hasta que estuvo casi á punto de zozobrar la obra sin par de nuestros mayores...

Esa anarquía y esas pasiones bravías, las hemos redimido en veinte años de un gobierno despótico, durante el cual ahogamos en sangre fratricida los gérmenes de descomposición, que amenazaban tronchar los vínculos mismos de nuestra nacionalidad. Pero ese mismo gobierno, que la historia ha calificado con el estigma de una tiranía, salvó nuestra existencia nacional, nos dió cohesión ante los demás pueblos, y en medio de terribles conmociones y de revueltas internas, supo mantener incólume el honor de la bandera de la patria, amenazada repetidas veces por la intervención armada de las más poderosas naciones de la Europa!

Cuando llegó el momento de darnos una

Constitución, que organizara nuestra existencia y que garantizara nuestro desarrollo, nos encontramos en presencia de este doloroso fenómeno: habíamos conquistado la independencia internacional, pero sin lograr obtener la libertad interna. Nuestros pensadores se adelantaron entonces á los acontecimientos, y fueron á buscar en la gloriosa República del Norte el modelo de legislación que nos faltaba, creyendo que era bastante cubrir nuestra desnudez de libertades, con la vestidura amplia y hermosa de la Carta más libre que se hubiera proclamado. No los detuvo, en su ardiente patriotismo por dotarnos de las instituciones más adelantadas, el hecho de que la gran República sajona había partido de la libertad para conquistar la independencia, y creyeron que llegaríamos al mismo resultado, arrancando de la independencia para procurar la libertad!

Casi medio siglo ha pasado desde aquel momento, y nuestra corta historia nos demuestra que esa evolución, generosamente

ideada, no ha podido realizarse con la facilidad que se soñó. Revoluciones repetidas, perturbaciones incesantes, y un malestar aún no desaparecido, demuestran con la elocuencia sombría de los hechos, que estamos aún empeñados en la segunda faz de nuestra lucha histórica, bregando por cimentar sólidamente la práctica leal de las libertades, que nuestra Constitución ostenta escritas en sus disposiciones memorables.

Por eso, señores, es bien grande nuestra tarea y bien seria nuestra responsabilidad. Cierto es que nuestros padres nos dieron la independencia nacional, pero á nosotros toca legar á nuestros hijos la libertad política. Todos los partidos han buscado ese resultado, pero quizá han olvidado que, como lo dijo el filósofo: «la Naturaleza no procede á saltos», y que fatalmente teníamos que hacer el duro aprendizaje, que es condición ineludible para entrar de lleno en la existencia normal de las viejas naciones, de vida y tradiciones seculares.

Y, sin embargo, para obtener el apetecido

resultado, no necesitaríamos sino encarnarnos nuevamente en el ideal levantado y en la altivez de ambiciones de la generación que nos dió patria; sacrificando así las reyertas de bandería y los intereses personales, en aras del bien común y de la gloria nacional. Sólo necesitaríamos inspirarnos de lleno en el *sursum corda* de los grandes momentos; levantar nuestros corazones para no trabajar sino en provecho de la patria, y, completando la faz asombrosa de su desarrollo material, llevarla, por la realización sincera de sus instituciones liberales, hasta el lugar prominente que le corresponde en el concierto de las naciones.

En esta obra común estamos interesados todos los que hemos nacido ó que habitan en este suelo, porque si es importante la riqueza nacional, si es merecedor de aplausos el desenvolvimiento de la industria y del comercio, no lo es menos el afianzar para siempre y con lealtad, la práctica verdadera de las libertades que brinda nuestra Constitución á los pueblos todos de la tierra, cuando los in-

vita á dejar sus viejos hogares — estrechos para las generaciones nuevas, — y venir á plantar su tienda en las regiones feraces y desiertas de esta grande y hermosa Nación!

Y justamente hoy que, por la fraternidad de tantos elementos heterogéneos, gracias á la inmigración de gentes de las naciones más diversas, se ha formado un cosmopolitismo tal que es difícil predecir qué proporciones asumirá cuando la presente evolución haya terminado, — es necesario que, usando del espíritu más amplio y tolerante, hagamos de nuestra patria el asilo libre de los hombres, de cualquiera parte que vengan, asegurándoles desde que pisen este suelo que, á la par del goce de las libertades civiles, contemplarán el de las libertades políticas, á fin de vincularlos así más estrechamente, y que con mayor satisfacción vean en sus hijos á ciudadanos de la que eligieron como patria de adopción.

La tarea es, pues, de todos: de los que en esta tierra tenemos arraigo desde nuestros abuelos, y de los que en ella recién deciden

arraigarse, porque la patria futura será la obra común del esfuerzo de unos y de otros.

Pero, no lo olvidemos. No bastan la honradez y el mérito: es menester la unión, y la unión más difícil de realizar «à través de las enconadas pasiones, más soberbias que las ondas del océano, en el proceloso mar de la política». Pues que, ¿sería ésto acaso tan difícil? ¿Quién duda, por ejemplo, que si, por cualquier evento, nuestra integridad nacional estuviera amenazada, si la dignidad y el honor de la patria peligraran, si se tratara de romper cualquiera de los contornos con que la Historia, la Naturaleza y nuestros antepasados, fijaron los límites incommovibles de este país, desaparecían en el acto las rencillas políticas, se acallarían las divergencias personales, enmudecería la crítica más justificada, y todos marcharíamos unidos, como un solo hombre, à oponer la valla de nuestros pechos al que osara así perturbar la tranquilidad y el porvenir de esta Nación?

Ahora bien, ¿qué nos impide intentar un esfuerzo generoso, y coronar la obra de la

independencia, estableciendo la práctica desinteresada de la libertad?...

Voy á terminar. Pero, al hacerlo, permitidme, señores, que, repitiendo casi los términos mismos con que un patricio respetable predicaba á sus connacionales sentimientos análogos á los que hoy conmemoramos, os diga:

Argentinos! No lo olvideis. Manteneos unidos con el recuerdo de las inmarcesibles glorias de la independencia; no conspireis contra el porvenir de la patria, atizando el odio y la discordia entre sus hijos. Seamos la falange compacta, que todo lo arrolla y lo penetra. Que el nombre de argentinos equivalga al de hermanos, como sucedia en tiempos de nuestros padres, y, aunque divididos en diversos bandos políticos, se agrupen nuestros esfuerzos. y se unan nuestros corazones en el santo amor, en el tres veces santo amor de la patria! Y cuando, viejos, nos retiremos á descansar y á morir junto al sepulcro de nuestros mayores, podamos legar á nuestros hijos, incólume, el lazo de unión,

el fuego sacro de amor à esta región bendita, que jamás debe apartarse de nuestra memoria, por la que palpita ardiente nuestro corazón, y en celebración de cuyas glorias más puras nos hallamos aquí congregados, en este día tan fausto para la patria!...



